

X

TRIUNFO DEL LIBERALISMO.—RUPTURA DE LA FUSION

El odio al monttvarismo y al sistema predominante durante el decenio y particularmente en sus últimos años, fué el principal lazo de unión de la fusión liberal-conservadora. Pero, andando el tiempo, el fantasma fué disipándose y el peligro de su resurrección haciéndose cada día menos probable. Los hombres de tendencia sinceramente liberales, sobre todo los librepensadores en teología, vieron en un principio en la alianza con los conservadores un instrumento desagradable pero necesario para destruir los restos del partido de Montt, y para imposibilitar la repetición de su gobierno. Pero pocos años después, el incesante movimiento de las ideas, el cambio operado en la nueva generación monttvarista educada en la alianza radical y en las ideas de reforma y libertad, comunes en Chile a todas las oposiciones, fueron arrancando paulatinamente del fusionismo a muchas personalidades, para las cuales el clero y sus adláteres representaban enemigos más temibles y

actuales que el simple recuerdo de persecuciones ya olvidadas y de odios que los años habían extinguido.

La acusación a la Corte Suprema de Justicia marca el período culminante de esta crisis del fusionismo; algunos liberales de gobierno, a ejemplo de don Domingo Santa María, tomaron en esa ocasión el partido de los acusados contra los acusadores; otros muchos habían ya entonces deseado seguir este ejemplo, y sólo se sentían retenidos al gobierno fusionista por intereses políticos más que por una verdadera afinidad de ideas.

Al expirar el período presidencial de don José Joaquín Pérez, la candidatura de don Federico Errázuriz, fué una nueva causa de defecciones y de debilidad para el orden político imperante. En efecto, Errázuriz pasaba, no sin razón, como un instrumento de las tendencias clericales. Aunque por su actitud en 1849 y por sus opiniones en materia constitucional y política, el combatido candidato pertenecía a la fracción liberal de la fusión, el estrecho parentesco que le unía con el Arzobispo Valdivieso, la deferencia con que parecía escuchar los consejos y servir los propósitos del prelado, su actitud decidida contra la libertad de cultos en 1865, y la energía con que en diferentes circunstancias se mostró como un paladín de la fe católica y de la unidad de creencias, eran otras tantas causas que le hacían mirar con recelo y desconfianza, no sólo por los radicales y reformistas de oposición, sino también por muchos de los mismos partidarios del Gobierno.

Se levantó, pues, contra Errázuriz, bajo bandera reformista y liberal, la candidatura del antiguo monttvarista don José Tomás Urmeneta, que logró producir un movimiento de opiniones que, impotente para luchar contra las influencias del Gobierno y la popularidad que aún conservaba el orden de cosas establecido, mostró con harta elocuencia cuán grandes habían sido en pocos años el movimiento de las ideas y los progresos del liberalismo. Como era de esperarse, Errázuriz triunfó por gran mayoría, no

sin que la agitada campaña electoral que precedió a este resultado, sirviera para señalar a los futuros gobernantes el rumbo que empezaban a tomar las opiniones y los deseos populares.

En efecto, la fusión se sentía cada vez más trabajada por las tendencias opuestas de los políticos que la componían; la victoria había hecho a los conservadores más exigentes, circunstancia que no podía menos de introducir la discordia en el debilitado y ya poco coherente campo gubernativo. Diferentes incidentes, de no escasa importancia, empezaron a mostrar esta divergencia creciente de opiniones; cuando se suscitaban cuestiones de doctrina, el lenguaje de los Ministros y diputados liberales hacía contraste con el lenguaje del Ministro y los diputados conservadores, y este fenómeno que auguraba males para la estabilidad de la fusión, se acentuaba en la discusión de asuntos teológicos o relacionados con ellos.

Fué entonces cuando sobrevino la célebre cuestión de enseñanza, aún hoy día no enteramente resuelta, y que tuvo por primer efecto la delineación definitiva entre las tendencias del liberalismo y del partido conservador. Desde los tiempos de la colonia, la colación de grados y títulos profesionales universitarios había constituido un privilegio de los establecimientos fiscales de educación, siendo el principal objeto de este monopolio, vigilar por la competencia de los titulados y por la seriedad de sus estudios. Al organizarse en la época de los pelucones la Universidad de Chile, se consagró este mismo principio que encuadra perfectamente con las tendencias ya históricas de la raza latina y con el estado de cultura del país.

Sin embargo, y con el transcurso del tiempo, fueron formándose al lado de los institutos fiscales otros de enseñanza privada, regentados casi todos ellos por congregaciones religiosas que habían logrado atraer a sus aulas a gran parte de la juventud dirigente del país. Debido a esta circunstancia, la enseñanza privada era causa de recelos para el

naciente liberalismo teológico, que creía ver en ella la cuna de futuros adversarios.

Por el contrario, y por causas que sería interesante esclarecer, si ello entrara en los límites de este trabajo, la Universidad de Chile y los colegios que de ella dependían, tomaron casi desde su fundación, efectuada en tiempos de exclusivo predominio conservador, una marcada acentuación laica, casi liberal. Existían, pues, frente a frente, dos clases de establecimientos que se disputaban la dirección intelectual de los hombres del porvenir; los unos pertenecían al gobierno y los otros a los particulares; pero, los últimos estaban colocados en virtud de las leyes vigentes bajo la tutela de los primeros, y sujetos a trabas que el partido conservador deseaba ver desaparecer desde que sus intereses se hallaban vinculados con los del clero.

El nuevo conservantismo teológico se hizo, pues, individualista y liberal en materia de enseñanza, exigiendo para los institutos privados una libertad análoga a la que se practica en los países anglosajones.

Triunfante la candidatura Errázuriz, su Ministro de Instrucción Pública, don Abdón Cifuentes, conservador convencido y defensor entusiasta de la libertad de exámenes, logró hacer predominar sus doctrinas en los consejos de gobierno. Se dictó, en consecuencia, un decreto sobre colación de grados, que sustraía de la vigilancia universitaria los exámenes de fin de curso, que antes y después de ese tiempo se han rendido ante Comisiones especiales nombradas por la Universidad oficial. No es aventurado decir que esta disposición no fué sinceramente aprobada por los políticos liberales de la fusión, a pesar de los votos parlamentarios que entonces la consagraron por inmensa mayoría.

Por desgracia, a la sombra de esta nueva libertad se produjeron abusos de trascendencia que ocasionaron gran descontento en la opinión: Institutos de educación hubo, establecidos con el único objeto de traficar con papeletas de exámenes que la Universidad se veía obligada a recono-

cer sin garantía. Si algunos colegios, en realidad serios, aprovecharon de los beneficios de la libertad, fueron en mayor número los que abusaron de ella escandalosamente.

Este fracaso, unido a otros muchos incidentes, colocó a Errázuriz en una alternativa análoga a aquella en que se encontró Pérez a principios de su gobierno. En la descomposición y recomposición paulatinas de nuestros partidos políticos, nada más natural que los presidentes nombrados para una situación se vean obligados a sostener una muy diferente. Se comete la injusticia de apellidar traiciones a estos cambios, sin recordar que en un país en que la opinión pública no tenía medios eficaces para dictar sus rumbos al gobierno en las elecciones, correspondía al Poder Ejecutivo, verdadero usufructuario de la soberanía nacional, hacer las veces de ésta, y contemporizar con las nuevas ideas para evitar conflictos, y no verse en entredicho con las tendencias dominantes en el país.

Ante la desorganización creciente del fusionismo, Errázuriz, para no ver esterilizado su gobierno, debía decidirse por una de las dos corrientes pronunciadas entre los hombres que lo elevaron. Los conservadores no formaban, sin duda alguna, la mayoría del país, y, por el contrario, su popularidad se encontraba seriamente comprometida. Además, por sus tendencias políticas y religiosas, el conservantismo era incapaz de amalgamarse con los elementos de oposición, por las mismas razones que lo dividían de los liberales de gobierno. Es cierto que, en otro tiempo, los conservadores formaron con los nacionales un solo partido, pero las ideas y propósitos del antiguo peluconismo, se habían olvidado ante pasiones teológicas y problemas y odios más recientes. Nada más distante de la actitud que asumían entonces el partido conservador y el nacional que la antigua bandera del orden público, de la centralización administrativa y de la omnipotencia gubernamental. El ortracismo de los unos y el clericalismo de los otros, les había arrastrado a un terreno muy diverso. Además, aunque esta

combinación se hubiera presentado como posible, nadie menos que don Federico Errázuriz podía apoyarla. El Presidente pertenecía por entero a la antigua bandera liberal de 1849, y aunque sus ideas reformistas se hallaban amenguadas con el tiempo y la posesión del poder, sus simpatías no eran, por cierto, favorables a la reconstitución del antiguo peluconismo.

En cambio, los liberales de gobierno tenían más de un lazo de unión con los reformistas, nacionales y radicales. En las cuestiones sobre preponderancia del clero, sobre patronato e instrucción, objeto entonces de ardentísima polémica, las ideas de unos y otros eran afines. Por la misma lógica de los acontecimientos, los liberales se sentían ya más en su centro, con los secuaces de aquel Montt que tanto odiaron en la época de su predominio, que con sus aliados de 1859, de 1863, y de 1870.

La ruptura de la fusión estaba, pues, ya en los ánimos, antes de que oficialmente se declarara lo que ya había impuesto el curso natural de las cosas, y, cuando en 1873, la renuncia del Ministro Cifuentes dejó a los conservadores fuera del gobierno, Errázuriz no hacía sino consagrar con la omnipotencia de su poder presidencial lo que le dictaba la situación del país.

¿Fué esto un bien o un mal?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

XI

DOMINACION DE LOS LIBERALES

El partido que subía al poder, compuesto, como hemos visto, de elementos históricamente heterogéneos, no tenía mucho de común con el formado a merced de las doctrinas literarias y especulativas de 1849 y 1870. Las ideas de reforma y libertad política quedaban relegadas a segundo término, desde que sus sostenedores escalaron aquel poder que en otro tiempo combatían. Por un cambio de rumbo en que se ve tanto sentido práctico como poca consecuencia, el liberalismo juzgó oportuno abandonar los idealismos de su infancia, y tratar de justificar su nombre, sus tendencias, su elevación misma con reformas teológicas, que, si no podían ser de gran utilidad práctica para el país, proporcionaban al partido una bandera capaz de popularizarlo ante el vulgo, y de hacer olvidar al antiguo reformismo sus aspiraciones retóricas en materia de derecho constitucional.

Faltó, pues, a los liberales desde el primer momento un gran propósito nacional, de utilidad común, que les sirviera de lazo de unión, y si para Chile fué por de pronto un be-

neficio el que los agitadores de la reforma no pusieran en práctica sus utopías desquiciadoras, es por demás lamentable que la ruina de los antiguos partidos conservador y progresista, no nos condujera a otro resultado que a la dominación de un bando popular, pero sin doctrina ni criterio definidos en materia de organización política, cuya bandera teológica, fácil de ser comprendida por el país electoral, si le era útil para afianzar su predominio, no podía servirle para dar al partido y a la administración aquella unidad que tan beneficiosa fué para Chile durante la dominación de los pelucones.

Llegaron, pues, los tiempos en que sobrarian las palabras y faltaran los propósitos, en que las doctrinas no serían instrumentos de gobierno, sino armas de combate en las campañas políticas y en los comicios. No se organizan los pueblos con una guerra religiosa, aunque la supongamos muy justificada. Los elementos de perturbación en las conciencias, de división en las almas, en Chile como en Bizancio, pueden desorganizar y dividir pero no producir resultados grandes y fecundos. Una nación nueva en el camino de la libertad y del progreso, no necesita crear obstáculos a la unión de los buenos; los encuentra ya demasiados en su inexperiencia y en su debilidad.

Los pelucones tuvieron para gobernar un criterio de gobierno, y los liberales una bandera de popularidad. Por eso los primeros constituyeron un bando poderoso, unido, fecundo para la organización del país, y los segundos formaron un partido lleno de prestigio ante la opinión, pero impotente desde el primer día para organizarse a sí mismo, y para dotar al país de un gobierno estable y firme. La historia de su dominación será la historia de inacabables luchas intestinas, en que las ambiciones de las personalidades, reemplazarán paulatinamente los antiguos propósitos nacionales.

Grande y triste destino el de los partidos teológicos, tan

llenos de vida, y de poder ante las urnas, como impotentes en el gobierno.

Quedaban, sin embargo, en pie, de la áspera labor de los pelucones, aquel Ejecutivo omnipotente, aquellas vigorosas instituciones políticas, que el antiguo conservantismo hizo el eje principal de su sistema de gobierno. Los liberales que tanto le habían combatido, no repugnaron, sin embargo, recibir esa herencia casi sin beneficio de inventario. Para mayor bien de Chile, tuvieron el buen sentido de comprender que no era posible arrojar, como cosa inservible y gastada, el útil y fecundo instrumento con que sus predecesores hicieron de Chile la República modelo de la América española.

Gracias a esta feliz transformación del partido liberal, el Jefe del Estado pudo seguir desempeñando el papel de supremo moderador de las pasiones políticas, y de los intereses individuales. Gracias a ella el país se libró una vez más del desquiciamiento y la anarquía.

Entretanto, el partido conservador acentuaba, en las amarguras de su derrota, la evolución funesta que acarrearía su desprestigio y su ruina. Sin dejar de ser el defensor celoso de lo que juzgaba ser el interés del clero, no tardó en reproducir en la parte política las mismas aspiraciones de reforma y libertad de que sus adversarios habían hecho su programa en la oposición. La convención conservadora de 1878, consagró formalmente las nuevas tendencias de ese partido.

Los que aún se denominaban herederos de los pelucones, tenían ya por fin principal y casi único, la defensa de la Iglesia y, para conseguirlo, no vacilaban en desear la destrucción de la obra conservadora de Portales, convertida hoy en fortaleza de sus adversarios.

Con la exageración que caracteriza a todos los vencidos, el conservantismo se dejó luego llevar de un celo religioso tal vez indiscreto. El clero y los dogmas de la Iglesia, fueron otras tantas armas de propaganda electoral: se com-

batía al liberalismo con argumentos espirituales, y se llegó a acusar al gobierno de perseguidor y anticatólico por reformas que ellos mismos habían iniciado en la última época de la fusión. (1).

Así deslindados los campos políticos, no tardó en proseguir con mayor energía aquella estéril lucha entre el poderoso partido que se encontraba en el gobierno, por una parte, y los aliados del clero, por la otra; lucha en que poco tenían que ganar los verdaderos intereses nacionales y mucho que perder la religión y el buen gobierno.

Las reformas teológicas emprendidas por el liberalismo fueron en un principio tímidas; la supresión del fuero eclesiástico y el Código Penal que ponía en iguales condiciones de respeto ante la ley a los católicos y a los disidentes, fueron las principales. La resistencia que encontraron, puede atribuirse en gran parte al celo con que los conservadores procuraban mostrarse ante el país, como los escuderos del catolicismo. Sería injusto afirmar que en esta actitud hubo mala fe; el sentimiento religioso es harto delicado para explicar tales imprudencias.

En cuanto a reformas políticas, las que se realizaron no alcanzaban a comprometer el fondo del antiguo régimen gubernativo. Se redujo el período presidencial, prohibiendo la reelección (2); se modificó la ley electoral, se cambió el voto de lista completa por el de lista incompleta, se redujeron el período de los senadores y la extensión de las facultades extraordinarias y de estado de sitio, se consagraron en el derecho, garantías individuales que existían ya en el hecho, se hizo algo en pro de las incompatibilidades parlamentarias, se dió ingerencia al Congreso en la formación del Consejo de Estado y se suprimieron algunas de las trabas que entorpecían la reforma de la Constitución.

Tal fué la obra de la dominación liberal en sus primeros

(1) La supresión del fuero eclesiástico.

(2) Esta reforma se consagró antes de la ruptura de la fusión y en los últimos meses del gobierno de Pérez. Es honroso para Errázuriz, entonces Presidente electo, el haberla promovido.

años, y los antiguos conservadores lejos de entorpecerla la hubieran deseado algo más amplia; pero los papeles estaban trocados; los antiguos argumentos sobre la escasa preparación del país, y sobre la imprudencia de desquiciar las instituciones, estaban ahora en labios liberales.

Por otra parte, no puede negarse que fué una empresa hábil y patriótica la del liberalismo en aquel tiempo. Su inconsecuencia política sirvió mejor al país, que lo hubiera hecho la aplicación estricta de sus principios; decorando con cierto barniz las instituciones peluconas logró hacerlas más aceptables y consiguió así mantenerlas por algún tiempo todavía. Pero al nuevo orden de cosas le faltaba solidez porque no tenía como el antiguo, un partido digno de este nombre para sostenerlo. Olvidadas sus doctrinas de reforma, el liberalismo, fuera de las cuestiones religiosas, carecía de propósitos. Era simplemente una agrupación de hombres, cuya disciplina dependía sólo de la voluntad todavía omnipotente del Jefe del Estado. Mientras ella no le faltara, las instituciones podían sostenerse; pero una vez derribado el cimiento único que mantenía la cohesión, aquellos elementos agrupados en nombre de doctrinas de tardía y lejana aplicación, tenían necesariamente que dispersarse a todos los vientos como las hojas de un libro desencuadernado.

Ya en la Administración Errázuriz (1871-76), cuando aun duraba lo que podemos llamar la alborada de la dominación liberal, se inició la formación de círculos, que tan funesta debió ser al liberalismo y al país. Además de los radicales, de los reformistas, de los antiguos fusionistas y de los nacionales, los accidentes de la vida política originaron luego dos nuevas agrupaciones; una, encabezada por los hermanos Amunátegui, estaba formada por los letrados y los doctrinarios del partido; la otra, más estrechamente unida con la persona del Presidente, se componía de los hombres de administración, del genuino elemento gobiernista. Es necesario, sin embargo, reconocer que el prestigio y la energía del señor Errázuriz, bastaron por

algunos momentos para mantener la alianza liberal en condiciones de unión bastante satisfactorias, pero que encerraban el germen de próximos conflictos.

Otro partido, que se tituló liberal-democrático, nació a la vida pública con motivo de las elecciones presidenciales de 1876. Su bandera política era la candidatura del ilustre historiador y propagandista don Benjamín Vicuña Mackenna. Pretendía esta agrupación el cumplimiento fiel del programa democrático y reformista de los viejos liberales. Mientras creyó poder contar con la complicidad o la tolerancia del gobierno en las próximas elecciones, se mantuvo en actitud respetuosa dentro de la Alianza Liberal, pero muy luego toda ilusión a este respecto quedó desvanecida, y el nuevo partido se vió obligado a iniciar contra el gobierno una campaña de oposición, que degeneró muy luego en una agitación provincial y democrática, obra casi exclusiva de la popularidad de su candidato, y que por lo tanto no debía dejar huellas duraderas en la fisonomía política del país.

Entretanto, el grueso del liberalismo dividía sus preferencias, entre el señor Miguel Luis Amunátegui y don Aníbal Pinto: el favor oficial otorgó el triunfo a este último en la convención que debía elegir el candidato, y los partidarios del señor Amunátegui, se plegaron de buen grado a las huestes del vencedor. No por eso la lucha electoral dejó de ser reñida; a las condiciones personales del señor Vicuña, que le hacían por sí solo un adversario formidable, se juntó a última hora el apoyo que le prestó el partido conservador. No obstante, la influencia del gobierno decidió la campaña en forma abrumadora a favor del candidato oficial.

Don Aníbal Pinto, hombre modesto y honorable, carecía sin embargo de una personalidad bastante acentuada para poder mantener como su predecesor la unión del partido liberal. Así, desde los primeros momentos de su administración, se vió obligado a contar con los antiguos y nuevos círculos que trabajaban sordamente al liberalismo; enton-

ces se iniciaron aquellas frecuentes crisis ministeriales y evoluciones políticas, que caracterizan el sistema interno del partido liberal en el gobierno. Las querellas intestinas adquirirían ya caracteres de gravedad que podían presagiar una catástrofe (1), cuando dificultades de otro género hicieron olvidar por el momento las discordias políticas, ante graves peligros nacionales.

Una tremenda crisis económica y financiera, originada por el agotamiento de nuestras antiguas fuentes de recursos y por el déficit creciente de los Presupuestos, obligó al gobierno y a los partidos a contraer su atención al remedio de estos males, no sin que las ásperas discusiones a que ello dió origen, arrojaran nuevos elementos de perturbación en el seno de los partidos.

Entonces estalló la guerra del Pacífico, que con tanta elocuencia mostró ante la América el patriotismo, la unión y el buen sentido de nuestros compatriotas. Las querellas intestinas se aplacaron en nombre de la patria, para renacer sólo después de la victoria.

Y aquí acaba lo que podemos llamar la edad de oro de la dominación liberal. Ella trajo al país como elemento nuevo el empleo de fórmulas hábiles que quitaron a la tradición autoritaria su antigua aspereza; desgraciadamente si el liberalismo no quería ya las reformas inconsultas que antes deseaba, se veía en la imposibilidad de resistirlas por completo. Esto le colocaba en una situación indecisa y poco franca, frente a los problemas sobre constitución política y social; también esta circunstancia le privaba de esa unidad tan necesaria para fundar situaciones duraderas. Su sistema de transición entre el régimen antiguo y las formas nuevas iba a experimentar un fracaso, cuyas consecuencias todavía sufrimos. Vamos a estudiar con alguna detención las causas que lo prepararon y produjeron.

(1) Don José Manuel Balmaceda creía que sin la guerra del Pacífico el gobierno Pinto bien pudo terminar con una revolución.— Véase a este respecto el Mensaje Presidencial leído ante el Congreso constituyente de 1891.